

Confusión de penas

el paseo|central, 25

JULIEN BLANC

Confusión de penas

La vida, sin más... (I)

Traducción y notas

Luisa Lucuix Venegas

el paseo, 2022



Esta obra ha recibido una ayuda a la edición
del Ministerio de Cultura y Deporte

Título original: *Confusion des peines (Seule, la vie..., I)*, 1943.

© de la traducción y notas: Luisa Lucuix Venegas, 2022

© de esta edición: EL PASEO EDITORIAL, 2022

www.elpaseoeditorial.com

1.ª edición: agosto de 2022

Diseño y preimpresión: EL PASEO EDITORIAL

Cubiertas: Jesús Alés (sputnix.es)

Corrección: EL PASEO EDITORIAL

Impresión y encuadernación: Kadmos

I.S.B.N. (obra completa) 978-84-19188-15-1

I.S.B.N. (volumen) 978-84-19188-06-9

DEPÓSITO LEGAL: SE-1426-2022

CÓDIGO THEMA: FBA

No se permite la reproducción, almacenamiento o transmisión total o parcial de este libro sin la autorización previa y por escrito del editor. Reservados todos los derechos.

Impreso en España.

Contenido

Nota editorial	IX
----------------	----

Confusión de penas

1. Mi madre	5
2. De los ocho a los doce años	31
3. Saint-Joseph	58
4. Jean	90
5. Primer patronato	113
6. Segundo patronato	138
7. Sao Van Di	163
8. El amor	174
9. Militar	202
10. La muerte de Jean	222
11. El castigo	234

Nota editorial

A principios de los años cuarenta, el escritor francés Julien Blanc (1908-1951), con una vida azarosa a sus espaldas, había emprendido el camino de una carrera literaria sin fortuna. A pesar del penúltimo episodio terrible de su vida, sucedido años antes en su concurso en la guerra civil española, donde su pareja embarazada murió durante el asedio de Madrid —y donde, al parecer, estuvo guiado por su amiga Simone Weil—, Blanc volvió a París, y lo hizo embargado por el deseo de estudiar, formarse y escribir. Sus primeras novelas (*Toxique*, *L'Admission*, *Mort-né*) habían aparecido en los últimos años sin apenas repercusión. Esperando consejo acudió a su amigo Jean Paulhan, escritor y crítico reputado, y a la sazón director de la importante *Nouvelle Revue Française*. Seguramente conocedor de las tribulaciones vitales del propio Blanc, Paulhan le espetó: «Se equivoca usted en su obstinación por escribir obras de ficción. Ahí tiene su vida, escúpala y después podrá volver a la novela». Blanc, totalmente autodidacta, inició entonces un enconado empeño por escribir su vida, sin más aditivos, en volúmenes dramatizados y con aspecto novelesco, y se sabe que llegó a repetir ocho veces el borrador de la primera entrega, hasta su aparición en 1943.

Así fue llegando esta impactante trilogía de novelas autobiográficas de Julien Blanc, titulada *Seule, la vie...* («La vida, sin más...»), un conjunto de obras, admirado por Albert Camus o Jean Rostand, que ha sido redescubierto con éxito en la propia Francia tan solo hace una década y que El Paseo publicará por primera vez en nuestro idioma. Además de este primer volumen, *Confusion des peines* (Gallimard, 1943), completan la trilogía las entregas tituladas *Joyeux, fais ton fourbi* («Listillo, prepara el petate», Le Pré-aux-

Clercs, 1947) y *Le temps des hommes* («La hora de los hombres», Le Pré-aux-Clercs, 1948). Hoy se sabe que Blanc había concebido el ciclo como una tetralogía, con un cuarto tomo que debía haberse titulado *Suicide*, pero que nunca se materializó.

Aun habiendo conchado una buena recepción y algún galardón en los años siguientes a su publicación –fue finalista del Goncourt y recibió el premio Sainte-Beuve por la segunda entrega–, nunca llegó para Blanc la esperada consagración. A la recepción del mencionado premio, desilusionado, confió a Armand Lanoux: «Siempre he creído que la sociedad era la responsable de mis penas. Pero no dejo de preguntarme cuál es mi parte de responsabilidad». Desde entonces vivirá gracias a trabajos alimenticios en publicaciones periódicas y editoriales, como negro, traductor, y llegó a anunciarse en la prensa con el mensaje: «Joven escritor, dos votos en el Premio Goncourt, busca trabajo...». Hasta su muerte, enfermo y agotado a la edad de 43 años por una vida dura y miserable, fue vital la ayuda de amigos como Jean Malaquais, Simone Weil –determinante en sus acogidas en algunos momentos puntuales, como el que se menciona en esta novela (pág. 20)–, o ese «hermano mayor» (a decir del biógrafo de Blanc, Pierre-Yves Kerloc'h) que encontró en Louis Guilloux –muchos años responsable de la sección literaria de *Le Soir*, apoyo constante y quien sacó a Blanc de la desesperación tras un intento de suicidio en Marsella–.

En estos tres libros, duros y autobiográficos, sin duda la obra principal y más ambiciosa del autor, se relatan sin miramientos los primeros años de su vida, llenos de inadaptación y abusos, pasados entre distintas instituciones correccionales hasta llegar a su sentencia por «confusión de penas»; le sigue, en *Joyeux, fais ton fourbi*, su paso por el temible Batallón de África, el episodio que siempre ha contado con la mejor acogida crítica, que fue galardonado en el año de su primera publicación y que, con ocasión de su reedición, fue aclamado por la revista *Lire* entre los mejores libros publicados en Francia en 2012; y, finalmente, su periplo por la guerra civil española, donde colaboró con las FAI como enfermero durante buena parte de la contienda y también sufrió otro duro episodio vital

ya aludido. En palabras de Christophe Mercier, en el suplemento literario «Les Lettres Françaises», de *L'Humanité*, «*Le temps des hommes* es quizás el libro más importante que un francés haya escrito nunca sobre la guerra de España, y supera con creces *L'Espoir* de Malraux, a menudo ilegible y ampuloso».

Podríamos decir que esta trilogía está inmersa en una línea de escritos autobiográficos de autores europeos que han sido desechados, aquellos que desarrollaron una obra nada aclimatada a su tiempo, quizás por falta de pericia ambiental para ser adoptada por los gustos de su época, o quizás excesivamente incómoda por su sobredosis de sinceridad, y que hoy, sin embargo, nos resulta vivamente necesaria y conmovedora por el retrato de ese tiempo que la rechazó. Algunos de estos escritos pueden considerarse pioneros del género de autoficción, entendido este como el relato de una experiencia propia y real, verdaderamente rica y problemática en un periodo histórico concreto. El Paseo ya ha ofrecido algunas muestras con obras de otros autores en su catálogo.

La novela que nos ocupa, titulada según la fórmula jurídica francesa por la que una pena superior «absorbe y se funde con penas iguales e inferiores», es una durísima narración sobre una infancia terrible, donde el niño pasará de la orfandad y la incompreensión de su madrina, de una austeridad mojigata sin límites, a la humillación, los abusos e injusticias del orfanato, donde el ya adolescente se vuelva intratable. Según Blanc, ahí se puso en marcha una maquinaria infernal de fugas, reformatorios, delitos y prisión. Aun así, el joven Blanc mantiene intactos ciertos principios de pureza e ideas obsesivas de superación –tocar el piano o lograr pasar el bachillerato–. Todo ello, y aquí reside lo llamativo de esta novela, está escrito sin concesiones a uno mismo y sin trampas; Blanc hace una revisión sin buscar la piedad del lector o hacerse la víctima. De hecho, admite su difícil condición rebelde, aunque no duda en identificar a aquellos que no le ayudaron en el camino (religiosos, tutores, familias adoptivas). Se sabe que François Mauriac respondió en 1945 a una carta de Blanc encomendándole una misión para dar a conocer ese mundo de abusos contra la infancia

y adolescencia: «Un hombre como usted, que parece haber pasado por ese infierno, debe, en la Francia que queremos construir, recrear, contar y luchar porque los horrores de esos Saint-Joseph no vuelvan a suceder».

Por su conmovedora voluntad de dar testimonio honestamente, sin artificios, con un realismo tan violento como poderoso y singular, esta novela ha sido unida por la crítica literaria más seria a los grandes relatos de infancia como *El niño*, de Jules Vallès, o *Infancia*, de Maksim Gorki. Su recuperación en Francia hace una década le granjeó una recepción crítica mucho más feliz. *Le Monde* la tildó de «historia actual e impresionante», y la prestigiosa *Le Matricule des Anges* dijo de ella, a más de medio siglo de su primera publicación: «... Julien Blanc no cae jamás en el *pathos*. No se queja, no hay jeremiadas, no se rebela tampoco. Lejos de su deseo está justificarse o que nos apiademos de su suerte. De hecho, estas páginas son hermosas, simples, llenas de ese natural innato de la infancia (sedienta de vida incluso en las condiciones más duras) y estampadas con el sello de la autenticidad».

NUESTRA EDICIÓN

El Paseo editorial va a traducir a nuestro idioma todo el ciclo completo de «La vida, sin más...», mediante el excelente trabajo de Luisa Lucuix Venegas que, más allá de su traducción, nos puso en la pista de esta magnífica obra, recuperada en la propia Francia solo a partir de la pasada década. El doctor en literatura francesa e investigador Pierre-Yves Kerloc'h tiene disponible un completo estudio dedicado a Julien Blanc en www.julienblancromancier.wordpress.com, del que proceden muchos de los datos biográficos recogidos en estas líneas previas. Se sigue aquí el texto fijado por las recientes ediciones de estas novelas realizadas por la editorial francesa Finitude entre 2011 y 2013.

Confusión de penas

La vida, sin más... (I)

A mi madre, in memoriam

Soy consciente de pertenecer a una especie común de la humanidad, y eso me hace pensar que, al hablar de mí, estaré también hablando de los demás.

Jean Guéhenno*

* La cita pertenece a las memorias *Journal d'un homme de 40 ans* («Diario de un hombre de cuarenta años»), publicadas en 1934. (*Todas las notas son de la traductora*).

1. Mi madre

Nací en París, en el 47 de la calle Jacob, Hospital de la Caridad. Me he informado sobre mi nacimiento: empezó con las tenazas; terminó en cesárea. En la cabeza llevo las marcas de los fórceps.

Mi madre estuvo muy poco tiempo en el hospital; un día, me envolvió en las ropas que la administración le había prestado o regalado y volvió a su domicilio, a su habitación, en el número 16 de la calle des Lombards. Hace algún tiempo que paso cada jueves por delante de la casa donde vivíamos. Parezco despreocupado, pero en realidad... Porque ahora es una casa de citas. Hay un café en el bajo, donde beben las chicas. Ayer se me enganchó una, entré en la sala, ella pidió una cerveza y yo la pagué.

—¿Vienes? ¿Subes?

Estuve a punto de seguirla. Me habría gustado ver la distribución del interior, encontrar cualquier indicio que me pusiera sobre la pista, vislumbrar en el marco de una puerta, o en un rincón, el fantasma de mi madre.

Le dije a la chica que no, pero el jueves que viene pasaré de nuevo por delante de la casa, por delante del café rojo.

Mi madre era guapa. En el tranvía o en el metro, los hombres se inclinaban ante ella y le ofrecían su asiento; en la calle, le cedían el paso. Aquello me llenaba de orgullo. Tal vez les imponía. Su ropa humilde, pero siempre limpia. Solía abrocharle los botines, extasiado ante su «lustre», y solía ayudarla a peinarse. Su cabello era fino como la seda y tan rebelde que el sombrero no podía hacer nada por dominarlo. Tenía

una encantadora manera de aceptar la caballerosidad de los hombres que algunas veces cambiaba por un rápido fruncir de cejas en señal de rechazo. Yo aún no era consciente del valor de las palabras, pero las impresiones de un niño no engañan al hombre en el que se convertirá. Mi madre no podía permitirse la más mínima equivocación. Estaba sola y muy expuesta; mi padre había muerto siete meses antes de mi nacimiento. Me gustaría hablar de él, de sus desgracias, sus defectos y sus actos heroicos. No sé absolutamente nada de su vida. Bueno, mi madre no estaba sola; yo estaba allí para ella, pequeño hombrecito protector y tirano, como una muralla. Con una mirada penetrante, mi madre analizaba al caballero, sabía detectar ciertas insinuaciones en una proposición o en una sonrisa. Aún era joven, y tan atractiva que en mi inocencia de niño pequeño le pedí cientos de veces que me comiera como prueba de su amor. Pero ella jamás se interesó por aquel que la pretendía. Enseguida comprendí la significación de sus rubores y de sus bruscas retiradas: quería dedicarse únicamente a mí y así me lo decía. Mi madre me adoraba...

A veces aceptaba el sitio que le cedían y el educado caballero se me acercaba para acariciarme. Yo interrogaba la mirada azul cielo de mi madre. Si me sonreía con una pequeña complicitad, me dejaba manosear o besuquear; ella lo permitía. Había como unos rayos de orgullo en el azul claro de sus ojos. Pero si ella se negaba y el caballero extendía su zarpa sobre mí, esperando seducirla engatusando a su hijo, entonces –¿alguna vez en la vida han visto un cielo de verano cubrirse de repente de nubes negras?–, entonces los ojos se le oscurecían y los labios le temblaban. Me cogía en brazos dándole la espalda al insolente. A veces el hombre no quería comprender e insistía en acercarme la mano a la cara. Mi madre entonces me abrazaba con más fuerza todavía y yo... yo aprovechaba para morder con todas mis ganas la desvergonzada mano. Un día, una víctima me dio un bofetón; mi madre se irguió ante ella amenazadora. La gente que había observado la escena golpeó

al hombre, que juró que se vengaría o algo parecido. Durante mucho tiempo tuve miedo de aquel hombre, miedo de que viniera a matar a mamá y me tirara a un pozo.

Mi madre no tenía familia. Quizá tuviera amigos, pero ¿cómo saberlo? Pues yo jamás vi que nadie le hablara como ella me hablaba a mí. Hasta que no cumplí seis años, jamás jugué con niños de mi edad. Ella era el mundo entero para mí: era padre, madre, hermana, amigo, compañero, profesor. Fue ella quien me enseñó a leer, a escribir, a contar; quien, también, me dio las primeras clases de piano.

De la calle des Lombards (¿seguro que era la calle des Lombards?) solo tengo un recuerdo, uno solo, pero es trágico. Lo veo todo perfectamente, como si hubiera sucedido ayer, hace un rato, como si estuviese pasando ahora: estábamos en una habitación muy pequeña, mi madre, una señora muy guapa y yo. Mi madre colocaba encima del hule a cuadros rojos y blancos de la mesa de la cocina las piezas de un viejo rompecabezas, un regalo de mi madrina que me había enseñado aquella misma mañana al despertar. Yo tenía tres años. La señora miraba por la ventana. Le dijo unas palabras a mamá, que, dejando el rompecabezas, me cogió de la mano y me invitó a caminar por el cuarto. La señora hizo un pequeño gesto a mi madre, que se detuvo y hundió su mirada en la mía. La señora se dispuso a montar un caballete, luego cogió una hoja de papel de dibujo que extendió con cuidado sobre un cartón, sacó punta a un lápiz, vino a darme un beso y me sentó en la escalerilla plegable que nos servía de asiento. Yo estaba algo incómodo, porque mi madre me había pedido que no me moviera, que mirara a la mujer. Aquella encantadora dama iba a hacerme un retrato. Me sacudí el pelo rubio en señal de júbilo: había pintado tantas veces el retrato de mamá sobre el anverso de viejos sobres, con trazo aplicado y serenamente torpe, que lo justo era que yo hiciese ahora de modelo. Tenía el corazón henchido de orgullo. La mujer empezó a dibujarme mientras hablaba: lo guapo que era, lo

afortunada que era mi madre de tener un hombrecito como yo. Yo me quedé muy derecho en mi asiento.... La mujer vestía ropa cara y mamá le hablaba con mucho respeto, por lo que aquello que decía solo podía ser verdad. De repente, dejé de posar y pregunté cómo había nacido. La señora dejó de dibujar. Me miró. Mi madre me sonrió con más dulzura. Me respondió que una noche, paseando bajo la Torre Eiffel, había oído unos llantos. Era un bebé que llamaba a su mamá. Había unos gatos enormes rodeándolo y él se defendía valientemente. Ella corrió hacia el bebé, le dio de beber y se lo llevó a casa. Así fue como me había convertido en su niño, en su hijito. Hoy me pregunto qué horrible tragedia se escondía tras aquel cuento inocente. La señora sonreía. Mi madre me hizo volver a posar. La sesión continuó. La mujer dibujaba lentamente, me observaba, me examinaba antes de acercarse al papel los dedos que sujetaban el carboncillo; me animaba a no moverme demasiado con palabras afectuosas que me acunaban. Por fin, el retrato estuvo acabado. Mamá aplaudió extasiada, exclamó que era un milagro y pidió que se lo dejara. Pero la señora respondió que no era eso lo que habían convenido. Yo me las quedé mirando con asombro a las dos. Empezaron a hablar más bajo y la señora se levantó. Me bajé de mi escalerilla y me acerqué a sus faldas. Olía bien.

–Volveré mañana –dijo.

Mamá no respondió. Las lágrimas se le asomaban a los ojos. Me lancé hacia ella, pero me separó con ternura. Pensé que ya no me quería, que no era tan *amorcito* como la dama había dicho, y estallé en sollozos. Mamá me envolvió entonces con su mirada más azul que el más azul de los cielos de primavera, más límpida que la más límpida de las aguas. Puedo verlo: sus ojos cargados de toda la maternidad del mundo que las lágrimas volvían aún más pura, sus brazos abriéndose... Me lancé a ellos, pero la guapa señora me alzó en los suyos y me cubrió de besos. Yo me debatí, pedí ayuda a mamá. Nuestra guapa invitada me liberó sin dejar de sonreír. Mamá seguía con los

brazos extendidos hacia mí, pero, de pronto, sus grandes ojos se velaron y se empañaron. Abrió la boca y no salió ningún sonido. Los brazos que me tendía se volvieron más apremiantes, pero no me dio tiempo de llegar a acurrucarme en ellos. Sus bonitos brazos, con los que tan apasionadamente me acariciaba y acunaba mis penas, abrazaron el vacío. Ella cayó hacia atrás, desmayada, completamente blanca, pero tan, tan hermosa... Mientras yo la llamaba «mami», la señora no perdió su sangre fría. Se inclinó sobre ella y la reanimó. Mi madre entonces recuperó el habla. Aprendí hace mucho tiempo, gracias a unos amigos médicos, que los enfermos de corazón sufren a menudo crisis parecidas, y que pueden llegar a perder el habla completamente durante un tiempo más o menos largo.

La mujer se marchó más tarde de lo previsto. Se fue de prisa por el corredor recordándonos que volvería al día siguiente. Justo cuando llegaba a las escaleras se dio la vuelta, volvió hasta nuestra casa, abrió su bolsito y le dio una moneda de plata a mamá, cuyos labios temblaban. La señora me apuntó con la mano enguantada y yo miré hacia otro lado, un poco molesto.

Aquella misma noche, con el retrato presidiendo la habitación desde el caballete que había permanecido en medio del cuarto, me subí a la escalerilla y me caí. Me hice mucho daño. Grité. Sangraba y la cabeza me dolía. Mamá tuvo una segunda crisis. Fue una vecina, alarmada por mis gritos, quien vino a ayudarla.

Un tiempo después, recuerdo estar en otra habitación en la que, por las tardes, mamá me dejaba solo. Me entretenía rebuscando por todas partes, descubriendo otros mundos dentro del armario o del cajón de la mesa, a la que ya no cubría ningún hule, sino una especie de mantel gris oscuro. Después, intentaba construir una casita con el rompecabezas, que nos había seguido hasta allí. Pero no se me daba bien. Me encaramaba a la ventana para acechar a través del cristal la vuelta de mi madre, pero solo veía un bosque infinito de tejados y chimeneas. Entonces pegaba la oreja a la puerta, que ella ce-

rraba con llave cuando se iba. Un paso en el pasillo... Es ella. No, no es ella... Ella volvía tarde. Yo lloraba, sollozaba, gritaba. La gente venía a veces a dar golpes en la puerta y a decirme que me callase. Yo no respondía, sino que gritaba con todas mis fuerzas. Una noche escuché una voz ronca que decía que era vergonzoso dejar a un niño solo. Esa noche hubo una tormenta terrible. A la mañana siguiente, el cielo estaba limpio y mamá me tenía en sus brazos.

Tenía tres años y medio cuando las mujeres de las obras de beneficencia a las que mi madre acudía la convencieron de la utilidad de bautizarme. Debería estarles agradecido: la fe de bautismo es bastante útil hoy en día para los arios con poca información sobre el estado civil de sus padres. Una de aquellas mujeres de bien se convirtió en mi madrina; me apadrinó el pertiguero de la iglesia de Saint-Philippe-du-Roule. Nunca volví a ver a mi padrino. Hace mucho tiempo estuve hablando con el cura de aquellos años. Pareció muy sorprendido cuando le dije que me negué a que me pusieran la sal, pero recuerdo aquella parte de la ceremonia.

Mi madrina desempeñó un papel importante en mi vida, un curioso papel del que no fue consciente, creo yo. Era la directora de una obra; se dedicaba a la caridad y le pagaban por ello. Un patrocinador filántropo como a veces existen donaba dinero a esta causa. Mi madrina, ella misma lo reconocía, gravitaba en aquellas esferas de altas finanzas y de moralidad y las creía dignas de admiración. Quizá lo fueran.

Era extremadamente piadosa. Vestía un uniforme de corte severo, color *beige*, que únicamente le dejaba al descubierto las manos, el óvalo perfecto de su rostro y la punta de sus zapatos negros planos. No sonreía nunca. Tenía unos dientes largos y amarillos que olían mal. El beso que plantaba sobre mi frente cuando mi madre y yo nos despedíamos de ella era un suplicio para mí. Cincuentona y soltera, veía a mi madre como a una niña incapaz de educarme sola. Me daba un miedo indescriptible. Sus ojos tras las gafas eran duros, impenetrables; jamás

me dedicaron un asomo de ternura siendo niño, ni a mi madre tampoco. Comulgaba cada mañana, acudía regularmente a la salve, y llevaba siempre un enorme rosario al alcance de la mano.

No sé qué argumentos utilizó mi madrina para convencer a mi madre de la necesidad de bautizarme, pero gracias a que aceptó, mi madre pudo trabajar y criarme. Se convirtió en sirvienta. Empezaron las separaciones. Me explicaron que los niños iban al internado. Un empleado de la obra de beneficencia me condujo al internado de Saint-Nicolas. Era durante la Gran Guerra, al comienzo. Mamá me abrochó ella misma los botones, me besó. El hombre me cogió de la mano. Me volví. Vi a mamá toda pálida, sonriente. Tuve que seguir al empleado. Me volví una vez más. Me pareció que una niebla, que unos oscuros velos, me ocultaban el rostro amado. Ella se dio la vuelta para marcharse; distinguí el ruido de sus pasos menudos, una especie de saltitos de pájaro herido, el roce de su falda negra... y se hizo el silencio. Mientras el hombre, conmigo prácticamente en brazos, se adentraba por una boca de metro, yo me sumergí en una pena enorme que ni las luces artificiales de donde entramos, ni los anuncios ni la gente fueron capaces de distraer.

Por la noche, en una cama desconocida, mi pena se hizo todavía más intensa. Delante del dormitorio entero, delante de todos aquellos niños con los que iba a tener que compartir en adelante los juegos y los problemas, fui incapaz de contener las lágrimas que había estado aguantando valientemente hasta el momento. Nadie vino a consolarme. Había dejado el paraíso y estaba en el infierno. Me hice pipí en la cama. Por la mañana, tras una reprimenda acompañada de bofetadas, me asignaron otro dormitorio, más pequeño que el primero, en el que, en lugar de la sábana bajera, las camitas de hierro tenían un hule encerado, una funda impermeable.

¡Saint-Nicolas! No puedo pensar en aquel sitio sin estremecerme. Allí fue donde, por primera vez en mi vida, me pega-

ron, me pusieron en aislamiento, me negaron el postre cuando lo había y me dejaron a pan y agua. No habría pasado nada si mamá hubiera estado allí; pero ¿dónde estaba?, ¿qué estaba haciendo? Además, me habían quitado la ropa hecha por ella, cosida por ella, y la habían remplazado por el uniforme obligatorio: pantalón azul de paño, blusón gris, cinturón de hebilla grande y boina. Incapaz de comprender que los niños del internado debían ir vestidos de la misma manera, le hice un gran enganchón al pantalón, esperando que me devolvieran el mío. Me dieron otro pantalón azul de paño. Al día siguiente, rasgué el blusón y perdí la boina. Me azotaron.

La vida era horrorosamente triste. Lloraba mucho, y tenía que esconderme en los servicios. A los profesores lo que les gustaba era la alegría y la atención, que cada niño participara en los juegos que ellos organizaban durante el recreo. Uno consistía en pelearse. De «mentirijillas», claro. Había dos equipos: el del duque de Aumale y el de Abd el-Kader. Como los partidarios del duque debían ganar al equipo de Abd el-Kader, este último estaba compuesto por los más pequeños. Yo estaba en él. Pero jugaba a la guerra sin ganas, porque mamá me había dicho que los hombres que se pelean son unos locos y yo lo creía. Yo prefería, habría preferido, quedarme en una sala de estudio e inventarme mis propios juegos. Solo me quedaba el recurso de conseguir que me aislaran.

Cuando llovía o hacía mucho frío, los pequeños nos quedábamos en un aula. Nos daban soldaditos de plomo: había franceses de pantalón rojo y alemanes vestidos de verde; los franceses portaban bayonetas. Hacíamos como que ensartábamos a los enemigos bajo la mirada divertida de nuestros supervisores. (A pesar de nuestra corta edad, se nos informaba de cada comunicado de guerra y nos lo explicaban. Cada noche y cada mañana rezábamos por la victoria, por el triunfo de nuestro Ejército, por nuestra causa justa y por los generales que nos defendían contra el invasor). Una sola vez me interesé por aquellos curiosos juegos; cuando la vez siguiente me in-

vitaron a unirme a mis pequeños camaradas y me negué, me encerraron en el cuarto de castigo durante unas horas... que me supieron a gloria.

Mamá vino a verme un día. Empecé a hacerle preguntas sobre su larga ausencia y se llevó un dedo a los labios en señal de silencio. Entonces me habló de mi madrina, de que era buena con ella. Pasamos la tarde sentados en un banco. Había mucho viento, pero yo no podía tener frío, acurrucado como estaba contra ella, tan cerca de su corazón. Era el paraíso perdido. Esa segunda separación fue mucho peor que la primera. El infierno volvió a por mí.

Hubo una tregua el día de san Nicolás. Era 1915. Para comer, en vez del arroz hervido que nos daban a diario, tuvimos un verdadero almuerzo, con naranjas de postre. Por la noche, hubo un teatro en el gran refectorio de la institución. Representaron la famosa leyenda de san Nicolás. El santo, vestido como el cura de la misa solemne que los domingos se ofrecía a Dios y al mundo en guerra, se inclinó sobre la tina en la que nos habían sentado a los tres más pequeños... Estoy oyendo nuestros gritos de alegría.

Me enteré de que a un compañero lo habían expulsado y rumié aquella noticia durante varios días. ¡Así que se podía volver con mamá si conseguías que te expulsaran!

Antes de la liberación, un sacerdote que por lo general era bastante amable, más dado a hablar del Cielo que del Infierno, me azotó delante de toda mi clase. Pero al día siguiente –¡oh, felicidad!– un seglar de hermoso cabello blanco me llevó de vuelta a mi casa. No reconocía en absoluto el barrio en el que me aseguró que mi madre vivía ahora. Me pareció un barrio con clase, bonito, muy ventilado. La casa era bonita y de muchos pisos. El hombre del pelo blanco me confió al portero del gran edificio porque mi madre había salido, y me entregó un paquete que era para mí; seguro que me lo habrían dado cuando llegó al internado si me hubiera portado mejor. Antes de despedirse, me dio unas palmadas en el trasero y, como yo

ya no tenía nada que temer, le pegué una patada. El portero se partió de risa y el hombre se fue enfadado.

La portería parecía un palacio. Jamás había visto nada así de bonito. El portero era un buen hombre y respondía a todas mis preguntas sobre la guerra, sobre la madera de la que estaba hecha su mesa, sobre la cuerda para abrir la puerta y sobre el ascensor. Deshice el paquete, que estaba lleno de chocolatinas. Le di una al portero y me comí el resto. Pedí ver el ascensor de cerca. El buen hombre iba a satisfacer mi curiosidad cuando apareció mamá. ¿Cómo describir nuestra alegría, nuestros besos, nuestras lágrimas? Ni se le ocurrió reñirme. Me aupó y me estrechó contra su corazón, que latía con fuerza mientras subíamos las escaleras. Por la noche me puse malo, pero allí estaba ella, a mi lado, para quitarme las náuseas y los vómitos. Volví a dormirme bastante rápido.

A la mañana siguiente, empecé a reconocer mis nuevos dominios: la habitación abuhardillada, parecida a las habitaciones en las que habíamos vivido juntos, y una gran cocina oscura en la quinta planta. Mamá me prohibió –¡ay, aquel beso acompañando la prohibición!– que abriera cierta puerta que daba a un pasillo, que vi aquel mismo día.

La cocina tenía las paredes blancas y, aunque la luz no entraba en ella salvo por una ventanita que daba a un patinillo, me gustó. La habitación era de una vetustez y estaba en tal estado de suciedad que me asombró. Faltaba un cristal de la lucerna, la cama de cobre no tenía brillo, el techo estaba resquebrajado y el papel de las paredes, enmohecido o despegado. Solo el parqué estaba limpio. Encima de la cama había una horrible escena de guerra, a color, fijada a la pared por unas chinchetas. Representaba una carga con bayoneta de los diablos azules*. No eran muchos, pero, bajo sus embestidas, caían decenas de alemanes con cara de brutos y el uniforme

* Nombre con el que los soldados alemanes apodaron a los batallones de cazadores alpinos franceses.

*feldgrau** cubierto de sangre. Si cierro los ojos, puedo reconstituir fielmente aquel cuadro, que destrocé. Mamá me riñó en inglés con tanta dulzura que habría puesto la casa entera patas arriba con tal de escuchar durante mucho tiempo aquella voz suave que adoraba. Tal vez haría falta decir aquí que mi madre me hablaba muy a menudo en inglés, idioma que yo hablaba como el francés y que prefería.

No estábamos en nuestra casa. Detrás de la puerta de la cocina de la quinta planta que tenía prohibido abrir había un gran apartamento cuyos inquilinos, unos irlandeses, eran los patronos de mamá. Un día en que los amos estaban ausentes, visité el apartamento. Me quedé maravillado. ¡Este era el palacio, y no la portería! Había una vajilla de oro (de corladura), un servicio de plata, alfombras, cuadros de mujeres desnudas y un piano de cola en el que aprendí las primeras nociones de música. Se salía del palacio por una puerta de doble hoja. Justo en frente de la puerta se encontraba la caja del ascensor. Mamá lo utilizaba a veces al volver de hablar con el portero. Cuando los irlandeses estaban allí, subía normalmente por la escalera de servicio, una escalera negra de escalones traicioneros por la que me caí varias veces. Mi madre era la sirvienta de la casa. Ambos se lo agradecíamos al Cielo en nuestras oraciones de la noche, añadiendo un pensamiento para la buena de mi madrina que le había procurado aquel trabajo.

Los patronos de mi madre la querían a su manera. Me adoptaron en cuanto me vieron. Me adoptaron tanto que cuando estaban en París me robaban a mamá. Entonces no me acostaba junto a ella en la cama de cobre de nuestro cuarto, sino en una especie de fantasía rosa, azul y blanca en la que me hundía ligeramente. Experimentaba unas sensaciones tan nuevas, mis ojos recibían de las cosas que me rodeaban una satisfacción tal que me dormía sin pensar que allí arriba, bajo una lámpara de petróleo humeante, estaba mamá lavándose la ropa o

* «Gris campaña», color característico del uniforme alemán.

remendándomela. Salía con los patronos de mi madre en su automóvil. En el transcurso de aquellas salidas fui conociendo a una retahíla de niños de mi edad que, aunque fueran todos irlandeses, al principio me miraban siempre como a un bicho raro y, después, trataban de hacerme sufrir las mil pequeñas novatadas que reservaban para los hijos de las criadas. Sin embargo, los amos ponían freno a aquellas tentativas y, además, yo no me dejaba hacer.

Las tardes después de aquellos paseos, solía haber una recepción. Los invitados eran extranjeros, ingleses o irlandeses; no vi nunca a un solo señor francés en casa de los patronos de mamá. De vez en cuando –¿qué mosca me habría picado?– me ponía a chapurrear un anglo-franco-irlandés en el que me costaba mucho reconocerme, pero que hacía las delicias de la sociedad. Las mujeres me cubrían de besos y dulces caricias, los hombres me hacían regalos que yo me escondía en los bolsillos. La mesa estaba suntuosamente engalanada. La señora de la casa, mujer entre dos edades, rubia, perfumada, maquillada y bajita, tenía unos hermosos ojos verdes de los que presumía con todo el mundo, cada dos por tres. Me sentaba a su lado, en una silla que había mandado fabricar para mí. A los otros niños los disponían alrededor de una mesita bastante alejada de nuestra mesa. Me lanzaban miradas furiosas durante la cena. Yo les sacaba la lengua, y me invadía una agradable felicidad; era el más guapo de todos y me mimaban. Era feliz. No del todo... Mamá servía la mesa... Todavía no he contado –porque de eso me enteré mucho más tarde– que mamá era irlandesa y que había nacido en Sao, Anam.

La señora de la casa la hacía disfrazarse de china. Entonces los patronos ordenaban callar a los niños y contaban que yo no era hijo de la indígena, sino de la mujer de la limpieza, que ese día, justamente, tenía el día libre. Yo solo miraba a mamá con el rabillo del ojo cuando traía los platos elaborados que una cocinera muy buena conmigo preparaba en nuestra cocina. A pesar de la fantasía de la vajilla, los manteles, las servilletas ada-

mascadas y la cristalería, yo lo pasaba mal, ay, sí, ¡lo pasaba tan mal! Mamá seguro que también. Seguro que se avergonzaba de ofrecer aquel espectáculo a su hijo; mantenía la mirada alta, perdida, para no ceder a la tentación de posarla en mí. Creo que, en el fondo, y a pesar de las deferencias afectuosas de la señora de la casa, me habría gustado que se hubiera atrevido a gritarles a aquellas gentes que debían de deleitarse con su grácil belleza exótica: «¡Es mi hijo, yo no pertenezco a vuestro mundo y él tampoco! *It's my baby, my son!*». Y que se hubiera arrancado los extraños chales, soltado los largos cabellos y hubiera tirado al suelo la trenza falsa. Con el pelo largo que tenía yo habría jugado al caballito; se habría desmaquillado y me habría llevado a nuestra buhardilla, tal vez a otra buhardilla más miserable, pero en la que habríamos estado en casa.

Había que vivir. A su hijo no podía faltarle de nada. ¡Qué lección me estaba dando, y yo apenas lo comprendía! Mamá seguía sirviendo con la mirada vacía, sin que ninguna contracción de la mandíbula manifestara lo que sufría. Tan solo una vez rompió en sollozos. Los amos achacaron aquella crisis a un cansancio extremo, pero yo sabía de qué se trataba. Sin embargo, me comporté como un cobarde. Silencié la voz de mi interior que me pedía a gritos, imperiosa, desvelar la verdad a los invitados y romper alguno de aquellos platos tan caros.

Y mamá, a las preguntas o a las órdenes de la señora, respondía en una curiosa lengua ronca que debía de ser vietnamita...

A veces, aunque mamá se controlara, a mí se me notaba el malestar. Me acuerdo de un invitado que me dijo varias veces, acariciándome los rizos, que mamá era *as an angel**. ¡Buen hombre aquel por el que recé mucho tiempo!

Mamá desaparecía. La conversación se reanudaba. A mí se me pasaba la pena. Dejaba que la mano regordeta de la señora me recorriera los hombros y la nuca.

* En inglés en el original. Lo correcto habría sido *like an angel*, «como un ángel».